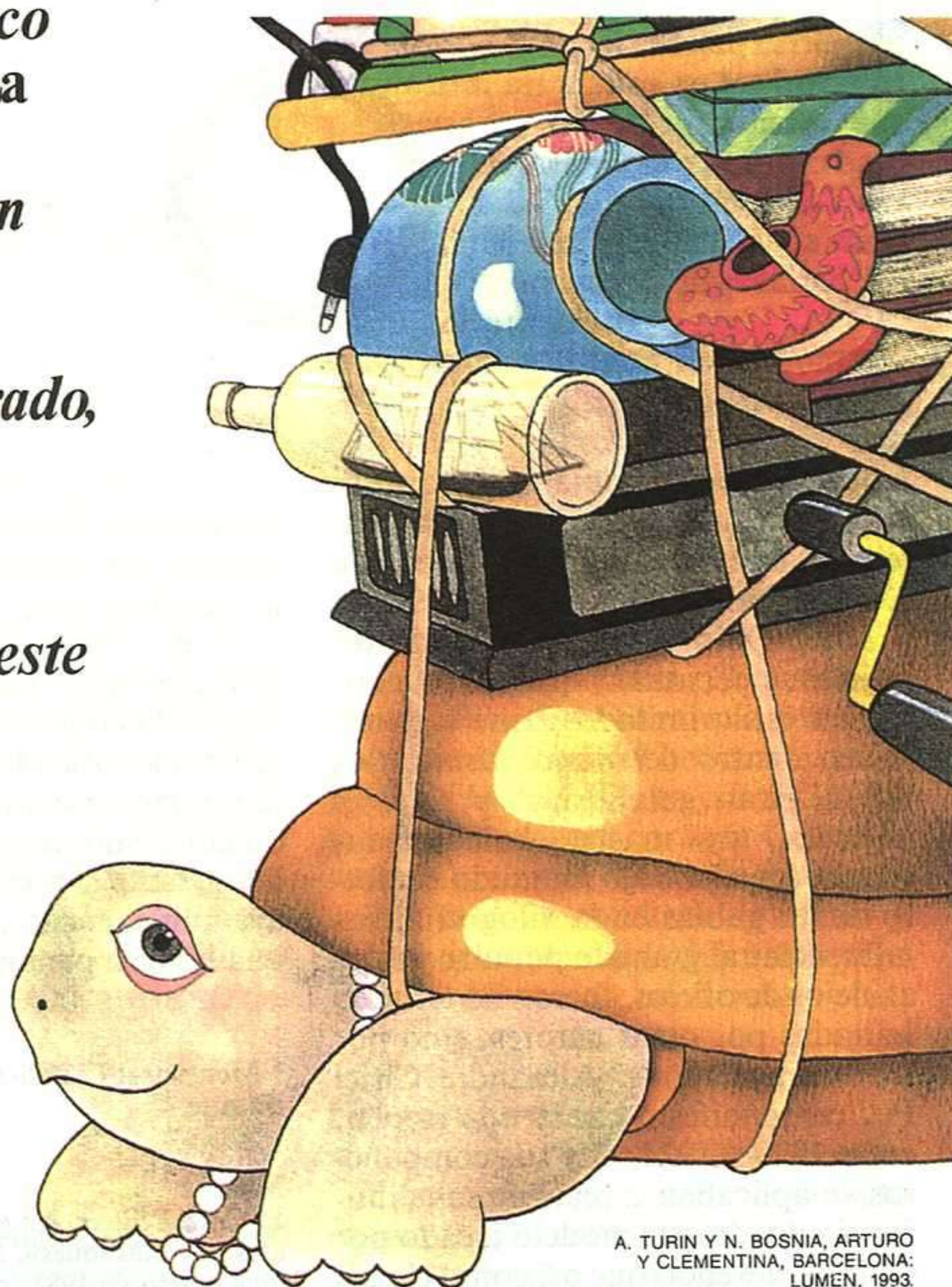
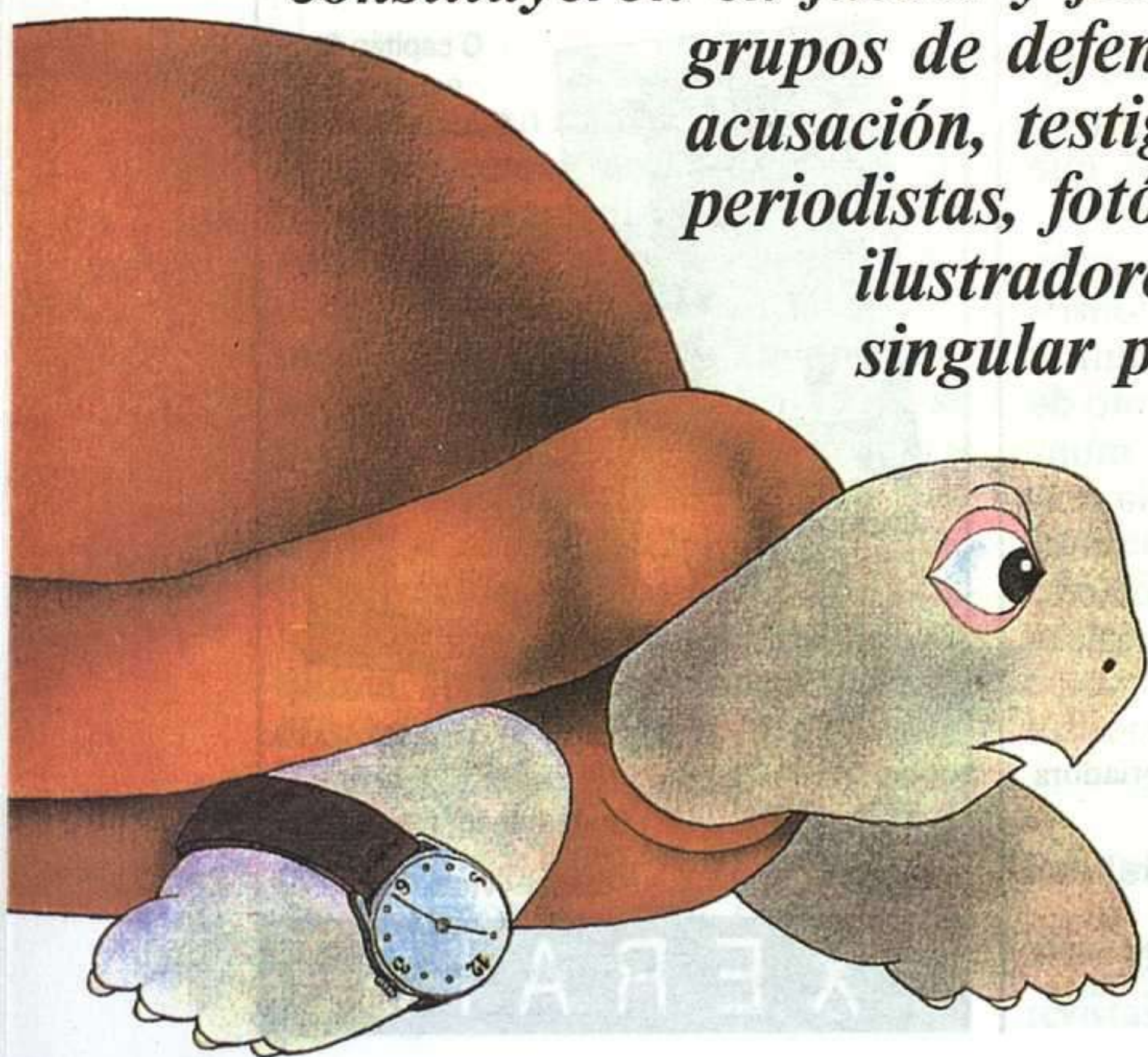


El divorcio de Arturo y Clementina

por Paco Abril*

El cuento de Adela Turin, Arturo y Clementina, sirvió de punto de partida de un juicio en el que se acusaba a Clementina de abandono de hogar, pero en el que lo que realmente se puso en tela de juicio fue el machismo. La propuesta la lanzó Paco Abril desde el Suplemento Infantil La oreja verde, publicado por La Nueva España de Gijón, y la recogieron con entusiasmo más de 600 escolares de 11 centros de enseñanza que se constituyeron en jueces y juezas, jurado, grupos de defensa y acusación, testigos, periodistas, fotógrafos, ilustradores... de este singular proceso.



A. TURIN Y N. BOSNIA, ARTURO Y CLEMENTINA, BARCELONA: LUMEN, 1993.

Fue un acontecimiento extraordinario. Ocurrió el 8 de marzo de este año, Día de la Mujer Trabajadora. Chicos y chicas de Gijón, de edades comprendidas entre los 12 y los 16 años, a partir del cuento *Arturo y Clementina* —de Adela Turin, con ilustraciones de Nella Bosnia (Ed. Lumen)—, fueron los protagonistas de un juicio en el que se acusaba a Clementina de abandono de hogar.

La historia de este hecho singular había comenzado tres semanas antes. Les habíamos propuesto a diversos centros escolares participar en un juicio en el que los alumnos y alumnas serían jueces y juezas, elegirían el jurado, buscarían testigos y expertos, prepararían y organizarían la acusación y la defensa. A la vez, formarían

grupos de prensa, radio y televisión, que relatarían el antes, el durante y el después del juicio.

Y en cada centro, sin saber lo que hacían los otros, prepararon sus papeles a conciencia. Un virus de entusiasmo los contagió a todos y a todas.

Y así, basándose en la fábula de Arturo y Clementina —que nos presenta a dos tortugas que se enamoran y deciden emprender la vida juntas, hasta que una de ellas, Arturo, decide, sin contar con la otra, Clementina, que ella debe quedarse en casa encerrada, desde donde verá el mundo exterior, pero no será parte activa de él—, recrearon su historia, elaboraron sólidos argumentos tanto para la acusación como para la defensa, profundizaron en el papel de la mujer a través de la historia, escribieron noticias,

entrevistas, opiniones, reportajes, cartas, artículos. Y, mucho antes del juicio, en los colegios e institutos, se creó un clima de controversia en el que los chicos y chicas se plantearon y cuestionaron la visión machista del mundo, tan fuertemente arraigada todavía.

Como un espejo

El cuento de *Arturo y Clementina* es un espejo donde la realidad se refleja en su dimensión exacta, sin distorsiones.

En un colegio hicieron el experimento de lanzar a la calle un rumor. Contaron que se iba a juzgar a Clementina, pero sin explicar que se trataba de un cuento. Cuando días des-



Público y jurado del proceso.

J.L. RAMÓN.

pués algunos chicos y chicas preguntaron *inocentemente* a sus padres y a otras personas del barrio qué era eso del juicio y quiénes eran Arturo y Clementina, los mayores interrogados los describieron con pelos y señales. Afirmaron que se trataba de una pareja que vivía en una zona concreta de aquel barrio y que habían pasado por un sinnúmero de problemas.

Aquel rumor se convirtió en un globo que se fue hinchando con el aire de la imaginación de la gente. Nadie se preocupó en verificar sus afirmaciones.



Fiscalía y abogados de Arturo.

J.L. RAMÓN.

Arturo y Clementina

por Adela Turin y Nella Bosnia

Un hermoso día de primavera, Arturo y Clementina, dos jóvenes y hermosas tortugas rubias, se conocieron al borde de un estanque. Y aquella misma tarde descubrieron que estaban enamorados.

Clementina, alegre y despreocupada, hacía muchos proyectos para su vida futura, mientras paseaban los dos a orillas del estanque y pescaban alguna cosilla para la cena.

Clementina decía: «Ya verás qué felices seremos. Viajaremos y descubriremos otros lagos y otras tortugas diferentes, y encontraremos otra clase de peces, y otras plantas y flores en la orilla, ¡será una vida estupenda!, iremos incluso al extranjero... ¿Sabes una cosa? Siempre he querido visitar Venecia...».

Y Arturo sonreía y decía vagamente que sí.

Pero los días transcurrían iguales al borde del estanque. Arturo había decidido pescar él solo para los dos, y así Clementina podría descansar. Llegaba a la hora de comer, con renacuajos y caracoles, y le preguntaba a Clementina: «¿Cómo estás, cariño?... ¿Lo has pasado bien?». Y Clementina suspiraba: «¡Me he aburrido mucho! ¡Todo el día sola esperándote!».

«¡ABURRIDO!», gritaba Arturo indignado. «¿Dices que te has aburrido? Busca algo que hacer. El mundo está lleno de ocupaciones interesantes. ¡Sólo se aburren los tontos!».

A Clementina le daba mucha vergüenza ser tonta, y hubiera querido no abu-

rrirse tanto, pero no podía evitarlo.

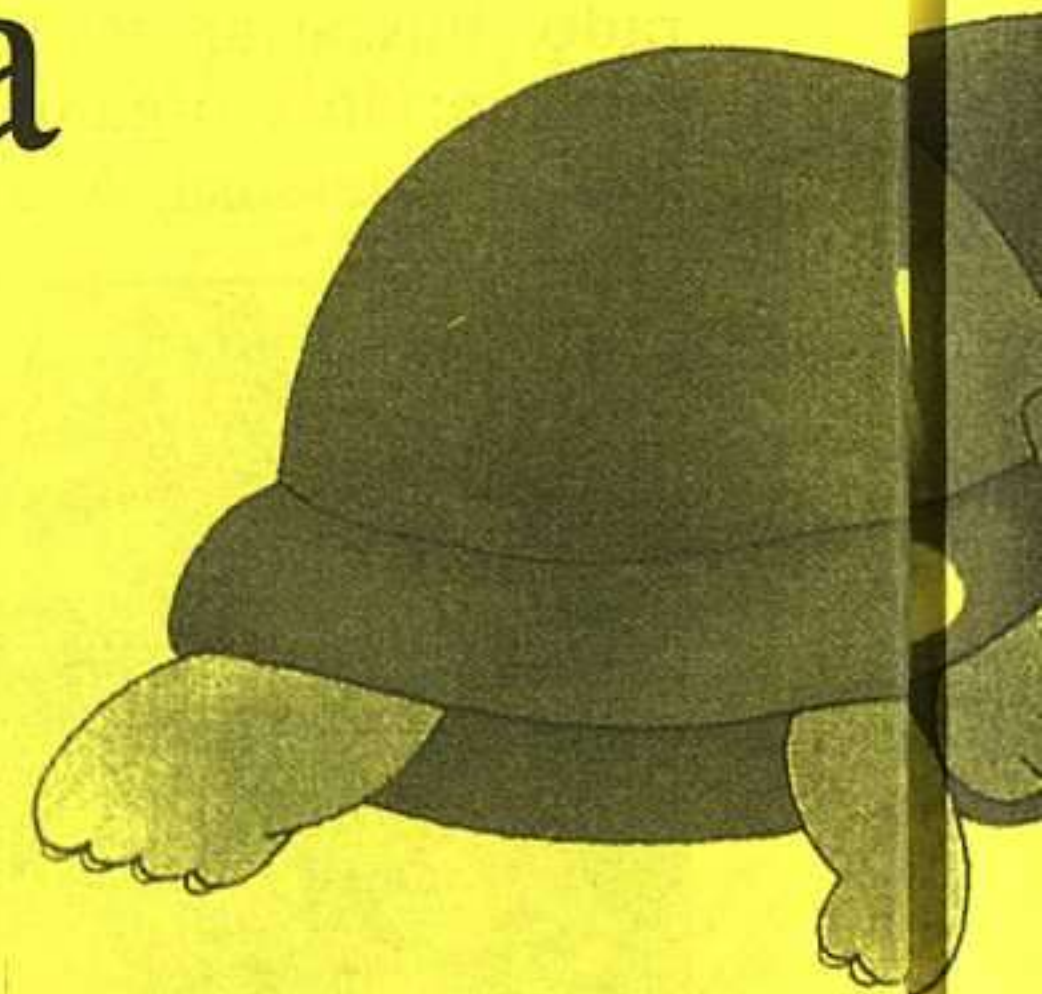
Un día, cuando volvió Arturo, Clementina le dijo: «Me gustaría tener una flauta. Aprendería a tocarla, inventaría canciones, y eso me entretendría».

Pero a Arturo esta idea le pareció absurda: «¡TÚ! ¿Tocar la flauta, tú? ¡Si ni siquiera distingues las notas! Eres incapaz de aprender. No tienes oído».

Y aquella misma noche, Arturo compareció con un hermoso tocadiscos, y lo ató bien a la casa de Clementina, mientras le decía: «Así no lo perderás... ¡Eres tan distraída!». Clementina le dio las gracias. Pero aquella noche, antes de dormirse, estuvo pensando por qué tenía que llevar a cuestas aquel tocadiscos tan pesado en lugar de una

flauta ligera, y si era verdad que no hubiera llegado a aprender las notas y que era distraída. Pero después, avergonzada, decidió que tenía que ser así, puesto que Arturo, tan inteligente, lo decía. Suspiró resignada y se durmió.

Durante unos días, Clementina escuchó el tocadiscos. Después se cansó. Era de todos modos un objeto bonito, y Clementina se entretuvo limpiándolo y sacándole brillo. Pero al poco tiempo volvió a aburrirse. Y un atardecer, mientras contemplaban las estrellas, a orillas del estanque silencioso, Clementina dijo: «Sabes, Arturo, algunas veces veo unas flores tan bo-



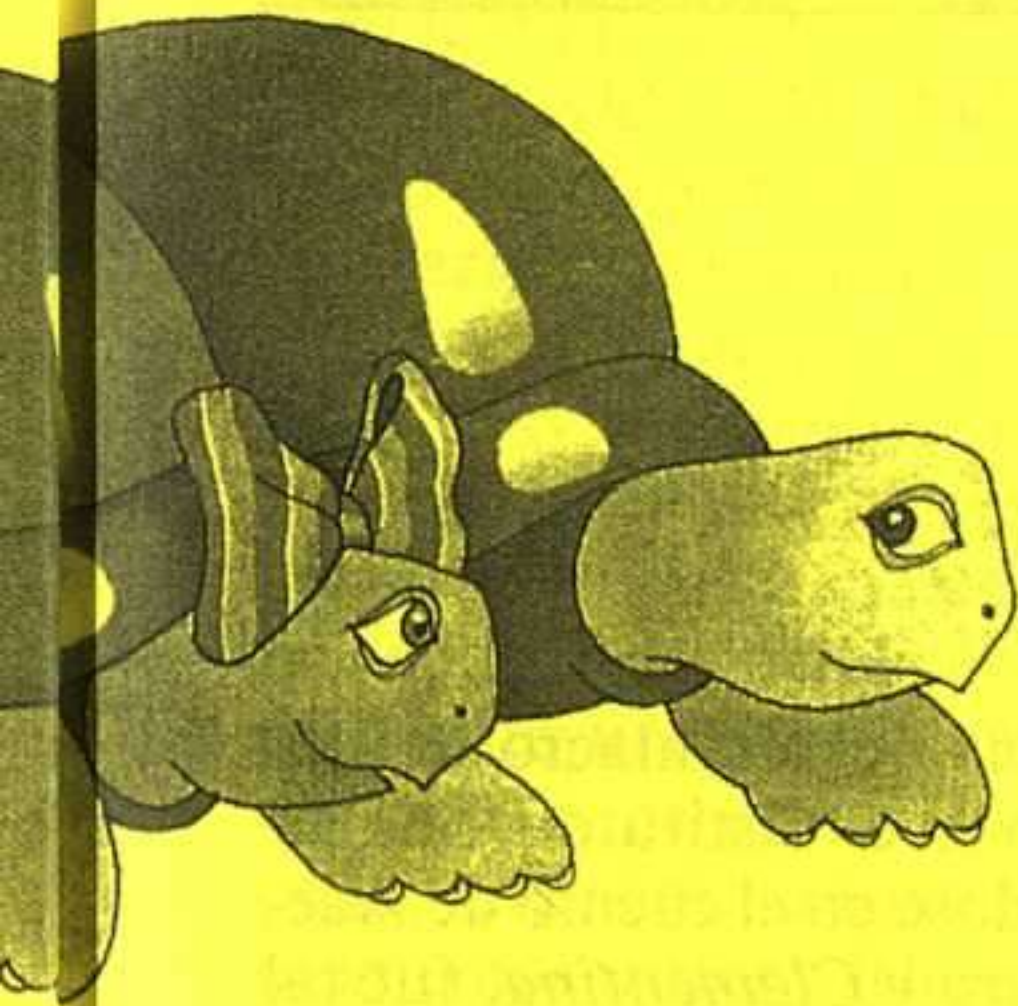
La celebración de este juicio atrajo la atención de la prensa, la radio y la televisión de verdad. El salón de actos del Instituto Doña Jimena, donde se celebró, parecía el recinto de uno de esos procesos que acaparan la atención de las primeras páginas de los periódicos y ocupan espacios destacados en los informativos radiofónicos y televisivos. Se retransmitió por radio, apareció en televisión y los periódicos informaron ampliamente de cómo había transcurrido.

Había una gran expectación. El numeroso público que abarrotaba la sala



Grupo defensor.

J.L. RAMÓN.



A. TURIN Y N. BOSNIA, ARTURO Y CLEMENTINA, BARCELONA: LUMEN, 1993.

nititas de colores tan extraños, que me dan ganas de llorar... Me gustaría tener una caja de acuarelas y poder pintarlas». «¡Vaya idea ridícula! ¿Es que te crees una artista? ¡Qué bobada!». Y reía, reía, reía...

Clementina pensó: «Vaya, ya he vuelto a decir una tontería. Tendré que andar con mucho cuidado o Arturo va a cansarse de tener una mujer tan estúpida...».

Y se esforzó en hablar lo menos posible. Arturo se dio cuenta enseguida y afirmó: «Tengo una compañe-

ra aburrida de veras. No habla nunca y, cuando habla, no dice más que disparates». Pero debía de sentirse un poco culpable y, a los pocos días, se presentó con un paquetón: «Mira, he encontrado a un amigo mío pintor y le he comprado un cuadro para ti. Estarás contenta, ¿no? Decías que el arte te interesa. Pues ahí lo tienes. Átalo bien porque, con lo distraída que tú eres, ya veo que acabarás por perderlo».

La carga de Clementina aumentaba poco a poco. Un día se añadió un florero de Murano: «¿No decías que te gustaba Venecia? Tuyo es. Átalo bien para que no se te caiga, ¡eres tan descuidada!».

Otro día llegó una colección de pipas austriacas dentro de una vitrina.

Después una enciclopedia, que hacía suspirar a Clementina: «¡Si por lo menos supiera leer!». Llegó el momento en que fue necesario añadir un segundo piso a la casa de Clementina.

Clementina, con la casa de dos pisos a sus espaldas,

ya no podía ni moverse. Arturo le llevaba la comida y esto le hacía sentirse importante: «¿Qué harías tú sin mí?». «Claro —suspiraba Clementina—. ¿Qué haría yo sin ti?».

Poco a poco, la casa de dos pisos quedó también completamente llena. Pero ya tenían la solución: tres pisos más se añadieron ahora a la casa de Clementina.

Hacía mucho tiempo que la casa de Clementina se había convertido en un rascacielos, cuando una mañana de primavera decidió que aquella vida no podía seguir más tiempo. Salió sigilosamente de la casa y se dio un paseo: fue muy hermoso, pero muy corto. Arturo volvía a casa para el almuerzo, y debía encontrarla esperándole. Como siempre.

Pero poco a poco el paseo se convirtió en una costumbre y Clementina se sentía cada vez más satisfecha de su nueva vida. Arturo no sabía nada, pero sospechaba que ocurría algo: «¿De qué demonios te ríes? Pareces tonta», le de-

cía. Pero Clementina, esta vez, no se preocupó en absoluto. Ahora salía de casa en cuanto Arturo volvía la espalda. Y Arturo la encontraba cada vez más extraña, y encontraba cada vez la casa más desordenada, pero Clementina empezaba a ser verdaderamente feliz y las regañinas de Arturo ya no le importaban.

Y un día Arturo encontró la casa vacía.

Se enfadó muchísimo, no entendió nada, y años más tarde, seguía contándoles a sus amigos: «Realmente era una ingrata la tal Clementina. No le faltaba nada. ¡Veinticinco pisos tenía su casa, y todos llenos de tesoros!».

Las tortugas viven muchísimos años, y es posible que Clementina siga viajando feliz por el mundo. Es posible que toque la flauta y haga hermosas acuarelas de plantas y flores. Si encuentras una tortuga sin casa, intenta llamarla: «¡Clementina, Clementina!». Y si te contesta, seguro que es ella.

Barcelona: Lumen, 1993.



La defensa interroga a una de las testigos.

J.L. RAMÓN.

siguió el juicio con enorme interés. La atención se mantuvo hasta el último momento. Ese momento en el que la jueza, después de escuchar a los miembros del jurado, declaraba inocente a Clementina de los cargos que se le imputaban.

Llegar a este veredicto no fue fácil, sin embargo. El grupo acusador se lo puso difícil a la defensa. Todos y todas actuaron como auténticos profesionales acostumbrados a moverse con soltura por los tribunales.

Pero lo más importante, aunque fuera lo más destacado y vistoso, no fue el juicio, ni que se declarara inocente a Clementina, sino todo el proceso de su preparación, el debate que suscitó, el bullir de ideas nuevas, el contraste de pareceres, el ejercicio de la razón.

Todos los participantes pusieron alas a sus mentes y se lanzaron a un esperanzador vuelo nuevo.

Ya nadie puede cortarles ese vuelo. ■

* Paco Abril es cuentacuentos; realizador del Suplemento Infantil *La oreja verde*, del periódico *La Nueva España* de Gijón; Director de Programas de la Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular del Ayuntamiento de Gijón.

El juicio

Se puede asegurar que el juicio de «Arturo contra Clementina» ha sido un total éxito, con incógnitas y suspense hasta el final.

Todos los participantes en dicho juicio actuaron enormemente bien, desde la fiscalía hasta el jurado, la acusada, el juez...

Pienso que la mayoría de la gente allí presente se quedó satisfecha con el juicio y más con el veredicto. Cuando éste se anunció, la gente se conmovió.

Éstas fueron las palabras: «Clementina es inocente».

Los presentes pudimos apreciar el entusiasmo en la sala.

Desde mi punto de vista, se deberían celebrar este tipo de juicios más a menudo.

Silvia Arribas Corral.
Colegio San Lorenzo.

La sentencia del simulacro de juicio celebrado en el Instituto Doña Jimena, basándose en el cuento de Adela Turin *Arturo y Clementina*, fue tal y como se preveía; Clementina fue declarada inocente de los cargos que se le imputaban.

Todos estamos a favor de dicha sentencia dictada por el jurado, pero nos decepcionamos al descubrir que en la sala reinaba un ambiente de excesivo feminismo.

Dicho ambiente fue creado, en parte, por el público, que estaba volcado en la defensa de Clementina y abucheando cada actuación de la fiscalía. Por otra, parte los jueces también influyeron en el veredicto al denegar injustamente alguna protesta posiblemente válida y totalmente razonable de la fiscalía.

Y nos preguntamos: ¿la función de los jueces no es la de ser neutral? Y otra de nuestras preguntas: ¿por qué se toma en serio el machismo y el excesivo feminismo ni se menciona?

* * *

Las mujeres están consiguiendo su objetivo, la igualdad con el hombre, algo de lo que nos alegramos, pero, estamos viendo que la mujer se está haciendo con tantos o más derechos de los que posee el hombre y que en un futuro muy próximo se podría celebrar el día del hombre trabajador, en el que Arturo y Clementina intercambiarían sus papeles.

Ángel González Blanco.
Javier Fernández Martínez.

* * *

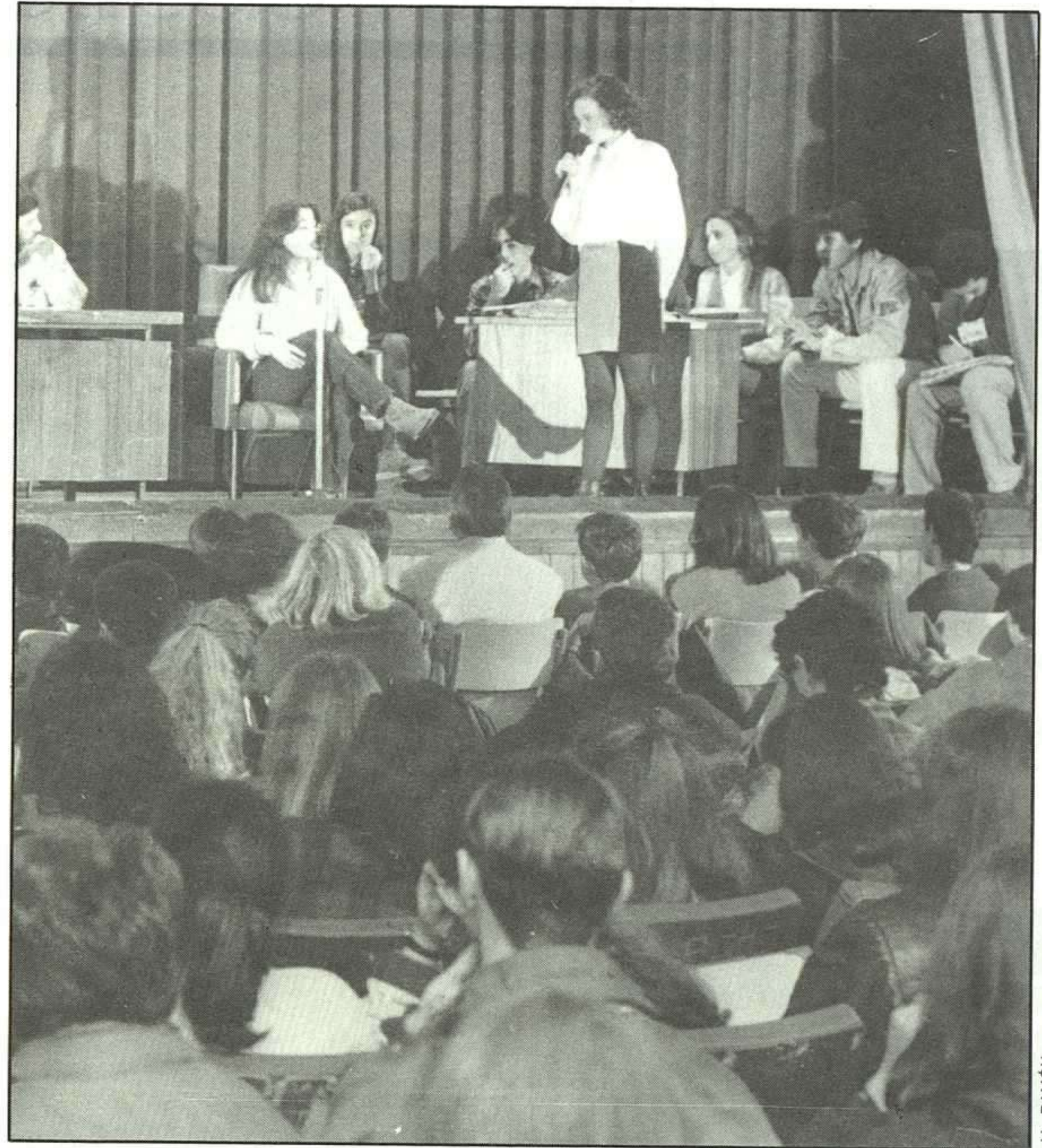
Así es la vida.

El tema juzgado nos ha hecho pensar en la vida real. Podemos apoyar a uno o a otro en este tema o también quedarnos al margen.

La vida en muchos aspectos es injusta, hay momentos felices y otros tristes; hay momentos en que pensamos que no merece la pena vivir, pero tras ello, un pequeño período de tiempo nos devuelve las ganas de vivir. Es un círculo cerrado. Pero merece la pena. Clementina tuvo también esos momentos tristes y felices, y cuan más grande era su desdicha, más satisfacción iba encontrando en los momentos felices. Analicemos algunos puntos...

La convivencia es difícil. Cuando dos personas deciden unir sus vidas es para lo bueno y para lo malo. Pero, quizás, cuando esos momentos malos lleven a preguntarle el sentido de la vida, habrías de tirarlo todo por la borda y salir corriendo a buscarlo, o quizás hayas de unir tu voz a otra voz, y juntas esas voces, intentar encontrar ese sentido.

Son conjeturas, cada uno de nosotros hemos querido huir alguna vez de todo, pero nos falta valentía para romper con ello y arriesgarnos a tomar un camino que no sabemos dónde acabará. También se necesita valentía para enfrentarnos a los problemas de frente, cara a cara. Clementina rom-



La fiscalía interroga a un testigo de la defensa.

J.L. RAMÓN.

pió con todo, encontrando en ello la felicidad.

La incomunicación es otro punto clave en la historia, cosa que también ocurre en la vida real. Muchas veces por no decir lo que pensamos, por miedo a ofender a alguien con ello, hacemos mal. Pero en general, a la gente le gusta que alguien se calle la boca sobre algo que no le gusta. Creo que me entenderéis.

Y Clementina tendría que haber dicho: «¡Basta Arturo! ¡Se acabó lo que se daba! ¡Voy a pintar, voy a tocar la flauta! ¡Voy a ser feliz! Y si para ello tengo que dejarte lo sentiré mucho, pero lo haré».

Y quizás Arturo habría dicho: «¡Oh Clementina! Perdóname. ¡He sido tan tonto! Por favor, no te vayas... ¡Qué haría yo sin ti!». Pero para qué engañarnos. Eso no va con su personaje; él diría: «Eres una tonta. ¡Qué harías

tú sin mí! Lo tienes todo y más, ¿qué más quieres?».

¡QUIERO VIVIR!

Arturo quería a Clementina como la esclava de su hogar, le gustaba que dependiera de él. Pero ella se veía agobiada, deprimida. Ve que su trabajo es improductivo y tras la pregunta de Arturo «¿Qué harías tú sin mí?», Clementina empieza a imaginar todo lo que haría, lo feliz que sería. Ve que es libre y que puede hacer lo que quiere. LIBERTAD DIVINO TESORO. ¡Tantos y tantos te quieren y tan pocos luchan por conseguirte y se lamentan aferrándose a algo! ¿Quieres ser libre? ¡Pues grita alto y fuerte y dílo! ¿Qué sientes por dentro? Eso es libertad. Y CLEMENTINA HOY ES LIBRE.

Fátima Vidal Pereo.

* * *

* * *

El juicio celebrado en el Instituto Doña Jimena, representado por alumnos y alumnas de BUP y octavo de EGB, se desarrolló ágilmente, aunque los participantes estaban nerviosos y el público agitado debido a la abundancia de reporteros y miembros de la Televisión Española.

La defensa, cuyo portavoz era una mujer, tuvo una actuación excelente, estando en todo momento muy segura de sí misma y asumiendo perfectamente su papel.

La fiscalía, aunque buena también, se encontraba muy nerviosa y en varios momentos se vio sin argumentos.

El jurado declaró, como es lógico, inocente a Clementina, veredicto totalmente justo, ya que la demanda de Arturo carecía de fundamento, porque ¿se puede acusar a una persona solamente por querer ser feliz y libre? Quizá quien debería estar sentado en el banquillo de los acusados sea Arturo, por minusvalorar a Clementina en una actitud claramente machista. Hemos de pensar que son casi siempre las mujeres las que friegan el suelo, hacen la comida o las camas, mientras que sus maridos leen el periódico. Son ellas las que sufren acosos sexuales y agresiones; son las que están expuestas a quedarse embarazadas y, ¿quiénes son los que acosan? Los hombres. Lo que se pretende no es cambiar los papeles, y que sea una sociedad feminista, en la que los hombres estén discriminados, sino acabar de una vez por todas con el machismo actual, y construir un mundo, en el que los hombres y las mujeres tengan los mismos derechos como personas, y puedan libremente ejercerlos.

Ahora sólo nos cabe esperar que este veredicto de inocencia sea un paso más en el largo y arduo camino por la igualdad de los sexos.

Luisa Vivanco Mato, 13 años.
Vanesa Álvarez Mdez., 13 años.



J.L. RAMÓN.

Juezas y jueces.

Yo pienso que a todos nos gustó el juicio que, además de la buena organización y compenetración de todos los protagonistas, nos hizo pasar un rato muy divertido, ya que el tema a tratar era muy de actualidad.

Clementina marcha de su casa por falta de amor, frases así, expresadas de otra manera, se suelen oír con frecuencia y pienso que no es por falta de amor sino por el poco respeto que el hombre da a la mujer, y eso viene de atrás. Siempre hemos sido el sexo débil, el que no sabe hacer nada y esto nos duele, quizás el hombre no se dé cuenta de que no somos un plato sen-

cillo de comer, que con respeto todo puede ir mejor; tal vez esta obra pueda enseñar a los hombres a mejorar su visión hacia la mujer, a que entiendan que el respeto lleva al amor y no al revés...

Con estas palabras concluyo diciendo que si se cambia un poquito, aunque nos resulte difícil pues ya se sabe que a veces el orgullo no es buen aliado, pero que si se pone fuerza de voluntad, todo se consigue aun lo que parece más imposible.

Patricia Pariente.

Natalia Cruzado.

Instituto nº 1.